

3983 PASTOR CARLOS STAHL
EL NUEVO NACIMIENTO
DOMINGO 30 DE AGOSTO, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO
Vida Cristiana
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10
www.vidacristiana.org.gt/info@vidacristiana.org.gt

DOMINGO 30 DE AGOSTO, 2026
EL NUEVO NACIMIENTO
PASTOR CARLOS STAHL

Bueno, gracias a Dios estamos listos. Amén. Gracias al Señor. Dios ha estado haciendo cosas maravillosas. Siempre las hace; sí, las hace. Del lado de la Palabra, pues es de ese lado; si no lo hace del lado del Espíritu. ¡Qué maravillosos días hemos estado teniendo por la gracia y la misericordia del Señor! Amén.

Bienvenidos todos a nuestro servicio de domingo del día de hoy. Hemos estado... bueno, se supone que hemos estado en Primera de Pedro y hemos estado desglosando allí todos los tesoros que podemos sacar de Primera de Pedro. Hace un par de semanas íbamos a empezar a estudiar lo que nos tocaba y el Señor se derramó, y no pudimos dejar de gritar y de llorar y clamar. Y oramos por sanidad, y esta semana me contaron el testimonio de una de nuestras hermanas que estaba ya lista para ser operada de algo notable y visible que tenía en su ojo; y oraron como familia ese día, y fue al médico y el médico le dijo: «Usted no tiene nada», y ya estaba lista para ser operada. Amén. Gracias a Dios, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Amén. Gracias al Señor.

Muy bien. Y la semana pasada, pues Luciano hizo un excelente trabajo llevándonos a la intercesión del Espíritu. Sí. Muy bien. Entonces, si Dios no tiene otro plan, vámonos a Primera de Pedro. Primera de Pedro. No importa qué porción escojamos estudiar de la Palabra de Dios, allí vamos a encontrar riquezas inagotables. Amén.

Y hay algo que quiero revisar acá de Primera de Pedro. Creo que no tenemos internet, ¿verdad? Okay, ¡qué bueno! Podemos decir de todo, entonces. No tenemos que portarnos bien. ¡Ja, ja, ja! Muy bien, okay. A ver si estamos... sí, estamos. Perfecto.

Quiero repasar, regresar, volver a un tema básico, importantísimo, vital, fundamental; y, sin embargo, volver a visitar este tema a otro nivel. Y es algo que toca Pedro precisamente acá en Primera de Pedro. Vámonos a Primera de Pedro, capítulo 1, versículo 1. Primera de Pedro 1:1. Y de esta manera vamos a entender dónde comienza todo en esta jornada maravillosa para la que Jesús murió en la cruz del Calvario y para la que nosotros ponemos nuestra fe en Jesucristo.

Mucha gente cree que cuando ponemos nuestra fe en Cristo, lo único que necesitamos —y entre paréntesis es más de lo que merecemos y es todo lo que necesitamos, de acuerdo, para tener vida eterna—, pero muchos creemos que Cristo murió en la cruz para darnos salvación, punto. Sí. Entonces, okay, ya somos salvos y tenemos vida eterna, y la paga del pecado fue saldada, la deuda fue saldada y hemos sido reconciliados con Dios. Otra vez: es más de lo que merecemos, y gracias a Dios por eso; y si solo eso existiera, santificado sea el nombre del Señor. Amén. Es más de lo que necesitamos.

Pero el Señor no solamente murió para darnos una experiencia básica, fundamental, inicial: Él murió para darnos, para comprar para nosotros todo el camino, todas las experiencias

que nos van a llevar a un perfeccionamiento espiritual y moral. Entonces, si creemos que todo lo que existe es la salvación inicial, vamos a seguir nuestro mismo estilo de vida, nuestra vida va a seguir el mismo rumbo; vamos a seguir razonando igual, pensando igual, eligiendo igual y, honestamente, nadie va a adivinar que hay tal cosa como salvación y vida eterna aquí adentro. Amén. Porque nos van a ver por fuera y van a ver a la misma persona de antes.

Pero el Señor Jesucristo murió, resucitó y fue hecho omnipresente para venir a nuestros corazones y empezar a crecer en nosotros, y empezar a hacer algo con el resto de nosotros: regenerarnos, transformarnos, convertirnos y conformarnos a imagen suya. Él vino a nuestra vida para que podamos crecer a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo por dentro y crecer en su carácter moral por fuera, y de esa manera dejar de vivir a la defensiva —más o menos como vieron en el video— y empezar a vivir a la ofensiva y empezar a conquistar; empezar a usar las herramientas maravillosas que el Señor nos ha dado, pero que o no sabemos que tenemos o no sabemos cómo usarlas, porque no dejamos que Cristo madure lo suficiente en nosotros. Amén.

Pero cuando empezamos a dejar que Cristo, la Verdad, se levante en nosotros y empezamos a dejar que Cristo se manifieste en nosotros a través de nosotros, vamos a ver victoria tras victoria tras victoria, y vamos a crecer, vamos a madurar, vamos a graduarnos de dejarnos sojuzgar y someter por las pasiones y las inclinaciones de la carne, y vamos a vivir vidas verdaderamente santas como el Señor quiere. Amén. Pero todo es parte de un proceso de crecimiento.

Entonces, Primera de Pedro 1, verso 3... ya me adelanté. Miren, pues, si se supone que vamos a hacer algo fundamental: «Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia...». Y entre paréntesis les expliqué: en otras versiones dice «Pedro, apóstol de Jesucristo, a los extranjeros»; es obvio que no solo le está hablando a extranjeros literales judíos que se habían ido a vivir a otras regiones. Porque en... vamos a ver: Primera de Pedro, capítulo 2, versículo 11 dice —Primera de Pedro 2:11, aunque ahorita regresamos al 1:1—, dice: «Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos...». Así es que él no solo está hablando de ser extranjeros en lo natural; no es, al final de cuentas, no es a ellos a los que les está dirigiendo esta epístola: es a aquellos de nosotros que hemos aprendido a hacer... hemos aprendido a entender que somos extranjeros y peregrinos en esta vida desde el momento en el que fuimos trasladados del reino de las tinieblas al reino de su amado Hijo. Amén. Somos ciudadanos del Reino de los Cielos; eso automáticamente nos convierte en extranjeros en esta tierra. Amén.

Muy bien, sigamos. Primera de Pedro 1, verso 2 dice: «elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu...». Presciencia significa saber anticipadamente, porque Dios lo sabe todo; Él es omnisciente. Amén. Ahora, por otro lado, usan la palabra «predestinados». Sí, presciencia y predestinación son dos términos diferentes. Pero lo que estamos enfatizando, o el Señor a través de su Palabra con todas estas cosas, es que lo que

hoy somos y hacemos no es algo que a Dios se le ocurrió hace un par de meses: es algo que el Señor trazó y escribió en su libro allá atrás en la eternidad. Amén. Gracias, Señor.

«...elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas». Dice: obedecemos y fuimos rociados con la sangre de Jesucristo. ¿Obedecemos qué para ser rociados con la sangre de Jesucristo? La salvación es un don gratuito, no tuvimos que hacer nada. Entonces, ¿por qué aquí dice que sí tuvimos que obedecer primero y entonces ser rociados? ¿Qué obedecemos? Miren: la verdad que un día nos alcanzó y nos dijo: «Oye, para recibir perdón de pecados necesitas al perdonador de pecados en tu vida. Oye, para librarte de esa carga de culpa que mantienes —aunque estés inconsciente, la tienes, amén—, necesitas dejar que el Señor Jesucristo, quien ya pagó por nuestra culpa... poner nuestra fe en Él y dejar que lo que Él hizo en la cruz venga a operar en nuestras vidas». Amén.

Eso fue lo que obedecemos. Un día nos predicaron el mensaje del Evangelio de salvación y... estoy buscando una palabra: ¿nos accedimos? Ni obedecemos. Pero bueno, obedecemos, sí; respondimos, esa es la palabra que estoy buscando: respondimos. ¿Y entonces qué pasó? Fuimos rociados con su preciosa sangre. Amén. Y algo pasó. ¿Cuántos saben que algo pasó el día que tuvieron esa experiencia? Y a lo mejor hay personas que no han tenido esa experiencia, solo saben acerca de estas cosas, pero no las han hecho suyas. Hoy es el día para ser rociados con la sangre del Señor Jesucristo.

Y algo más. Versículo 3 dice: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer...». Eso es lo que quiero visitar otra vez: este principio del nuevo nacimiento. «...nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos...». Si Él nunca hubiera resucitado, no habría nada de todo lo que estamos experimentando hoy y las cosas de las que estamos hablando hoy. «...para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero». Y el término salvación no solo se refiere a la experiencia inicial: aquí están hablando de una salvación futura, una salvación que va a ser manifestada en el futuro. Porque la salvación que Cristo compró para nosotros no solo es la experiencia inicial: es todo el trayecto, todo el camino, todas las experiencias. Amén. Amén.

Okay, concentrémonos en esto: nos hizo renacer. En otras versiones dice: «nos ha regenerado» o «nos ha engendrado nuevamente». Nos ha engendrado nuevamente. ¿Cuándo ocurrió eso?, ¿cómo ocurrió eso? Amén.

Bueno, vámonos a Primera de Juan, capítulo 1... Primera de Juan, capítulo 1... no quiero Primera de Juan, quiero Juan; estoy viendo mis notas: esto no es Primera de Juan, es San Juan. Juan, capítulo 1. Juan, capítulo 1, verso 12. Juan capítulo 1, verso 12. Vamos a ver varias cosas acá. Este es nuestro título: *Nacer de nuevo o Renacer, renacer*.

Esto es algo que nadie puede experimentar por mí; esto es algo que yo tengo que experimentar. Amén. Esto es algo que nada ni nadie en este mundo nos puede dar más que la persona del Señor Jesucristo. Amén. Amén. Nada más que el Señor Jesucristo. Nadie más que el Señor Jesucristo puede entrar al corazón de los hombres por dos razones: uno, Él creó ese corazón; y dos, cuando ese corazón se perdió, se pervirtió, se corrompió, el Creador de todas las cosas resulta ser el Redentor de todas las cosas. Amén.

Okay, entonces San Juan, capítulo 1, verso 12 dice: «Mas a todos los que le recibieron...». Okay, número uno: recibieron. A todos los que le recibieron. ¿Saben qué significa esto? Lo que hablamos al principio: hacer nuestro lo que Jesús hizo por nosotros, hacer nuestra a la persona del Señor Jesucristo. Una cosa es simpatizar con lo que Jesús hizo por nosotros; otra cosa es hacer nuestra, apropiarnos de aquello que Jesucristo hizo por nosotros. «Mas a todos los que le recibieron...», a los que se apropiaron, se apoderaron, a los que le dieron acceso y experimentaron a Jesús; a todos los que le recibieron. Y número dos: «...a los que creen en su nombre...», amén, «...les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Esa parte la vamos a dejar para dentro de un momento. Les dio potestad a los que creen en su nombre. Un día escucharon que ese Nombre tiene todo poder en los cielos y en la tierra; un día escuchamos que solo en ese Nombre hay salvación. Lo dice la Biblia. ¿Y saben qué? No es suficiente que lo diga la Biblia: tenemos que experimentarlo para saber que sabemos, que sabemos, que sabemos que así funciona. Amén. Por eso tenemos que recibirlo.

Pero vámonos al verso 13 y allí vamos a trabajar por un momento. Dice... oh, okay, ahora pongámoslo en rojo; yo no sé qué va a hacer usted ahí con su lápiz y con su pluma, pero yo lo voy a poner en rojo. Número uno: «los cuales no son engendrados de sangre...». Si lo leemos, por ejemplo, en la Biblia King James dice: «los que nacieron no de sangre». Los que nacieron no de sangre. Luego dice: «...no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne...». En otras palabras, no nacieron de la voluntad de la carne: no voluntad de carne. Y número tres dice: «...ni de voluntad de varón...». O sea, no nacieron de voluntad de varón; pongamos: no voluntad de varón o de hombre, o voluntad humana, «...sino de Dios». Amén.

Examinemos esas tres cosas. En primer lugar dice: «a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad...» —les dio poder, autoridad— «...de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre...». ¿Tenemos nosotros nuestro corazoncito? Ya conocen muy bien estos diagramas, ¿verdad? Este es el corazón del hombre, lo que llamamos el viejo corazón. Por el profeta Ezequiel, en dos ocasiones dijo... Dios dijo a través de él, dijo: «Yo les voy a dar un nuevo corazón y voy a poner un espíritu nuevo dentro de ustedes». Amén. Y estaba profetizando precisamente lo que Jesús iba a venir a hacer a nuestras vidas. Cuando creemos en Jesús, cuando le recibimos, literalmente lo que estamos recibiendo es un nuevo corazón o este nuevo hombre que viene a nacer en nosotros ese día. Amén. Esto no se hace a través de nada más que creer y recibir al Señor Jesucristo.

Si lo vuelvo a leer: estamos en Juan, capítulo 1, versículo 12. San Juan, capítulo 1, verso 12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni

de voluntad de varón, sino de Dios». Estamos examinando el tema de nacer de nuevo, ¿verdad? Amén.

Muy bien. Entonces, cuando creemos y recibimos a Jesús, Jesús literalmente crea un nuevo hombre o un nuevo corazón dentro de nuestro viejo corazón, tal y como lo había profetizado Ezequiel hacía muchos, muchos años. Entonces examinemos esto que recibimos, esto que llega a la vida de un creyente cuando ponemos en Jesucristo nuestra fe. Sí.

Okay. Primero dice: «los cuales no son engendrados de sangre». En otras palabras, no hay ninguna naturaleza humana, no hay ningún poder humano involucrado, no hay ninguna naturaleza humana involucrada. Hagamos... examinemos o recordemos o refresquemos un poquito lo que significa la sangre en la Palabra de Dios. Es un tema totalmente gigantesco, ¿verdad? Amén. Por eso el Señor Jesucristo derramó su sangre en la cruz del Calvario, y su sangre no era cualquier cosa: el Señor Jesucristo era el Cordero sin mancha, sin arruga, sin pecado. Amén. Sí. Así es que esa es la sangre que Jesús derramó para rescatarnos a nosotros del estado en el que estábamos a causa del pecado. Amén.

Pero «no de sangre». Hay un principio en el Antiguo Testamento tremendo que dice: «la vida está en la sangre». Y si se acuerdan, bajo la ley del Antiguo Testamento, la gente tenía prohibido comer sangre porque la vida está en la sangre; y yo siempre lo he visto como un principio moral para respetar la vida que Dios le dio al animal, etcétera, ¿verdad? Pero la palabra vida en idioma hebreo se escribe así: se escribe *néfesh*. Estos temas son gigantes, porque la palabra *néfesh* se traduce también como alma; se traduce también como mente. Y, sin embargo, pues entendemos que el alma es el alma, la mente es la mente, pero también se usa la palabra *néfesh* para explicar esto. La palabra *néfesh* también se traduce como apetito, deseo, emoción. Estoy traduciendo la palabra vida cuando dice «la vida está en la sangre»; o sea, la sangre no es solo el líquido rojo: es más que eso, de acuerdo a las Escrituras.

Interesantemente, la palabra *néfesh* también se traduce lujuria, placer, mortalidad. Ahora, cuando hablamos de la sangre de Jesucristo, por supuesto, esto no se aplica: en Él no había nada de eso, porque Él era una persona limpia, pura, perfecta, sin pecado. Amén. Pero hablemos de la condición del hombre y de esta vida que hay en el hombre que se traduce, como les dije, pasión, lujuria, placer, mortalidad, deseo, emoción. Quiero decir que cuando hablamos de esto, esto que se llama *néfesh* en hebreo, cuando hablamos de eso estamos hablando de lo que hay en todo ser humano que nos hace buscar las cosas de abajo, nos hace buscar deleitarnos en las cosas de esta vida, en las cosas de este mundo. *Néfesh* también tiene que ver con nuestra capacidad para hacer elecciones. Cuando Dios le dio esta capacidad al hombre, Dios le dio al hombre todas estas capacidades para que el hombre con ellas buscara a Dios y sirviera a Dios. Pero cuando la serpiente vino y corrompió la naturaleza humana en el jardín del Edén, todas estas capacidades se pervirtieron, se corrompieron; y ahora el hombre usa todas estas capacidades para buscar su propio placer, sus propios deseos, y de esa manera el hombre se va corrompiendo más y más y más y más.

Sabemos por la Palabra de Dios y por experiencia, número uno, que todos nacemos en pecado, o sea, en términos generales, y eso se lo debemos al primer Adán, a Adán y a su mujer. Amén. Y luego, número dos, todos somos pecadores por elección, porque ya nuestra naturaleza humana nos va a hacer tender a escoger lo malo, a hacer lo malo; y entonces el estado nuestro se va empeorando. Les tengo noticias: no hay nada en este mundo que pueda resolver el problema de la naturaleza humana, el problema en el que el pecado metió a la naturaleza humana. Por eso fue necesario que Jesucristo fuera hecho hombre y viniera a esta tierra no solamente para venir a hablarnos de Dios —no, eso fue solo una pequeña parte de su ministerio, amén—; el Señor Jesucristo vino a morir en la cruz del Calvario para derramar su sangre. Una sangre muy diferente a la nuestra; una vida, una *néfesh*, si me permiten, muy diferente a la nuestra: la nuestra estaba completamente corrompida. Amén. Pero el Señor Jesucristo derramó su vida pura, perfecta, santa.

Y ya en la antigüedad había sido establecido que para redimir o rescatar al hombre, para cubrir la culpa del hombre, era necesario sacrificar bajo el antiguo pacto animalitos inocentes. Por eso sacrificaban corderitos, sacrificaban bueyes, sacrificaban carneros, según fuera el caso. Amén. Dios estuvo allí dibujando todo el tiempo un cuadro de lo que Jesús iba a venir a hacer por nosotros: el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Amén.

En la antigüedad también Dios había establecido que sí había manera de redimir o de rescatar a la gente, las cosas; por ejemplo, la gente se tenía que vender como esclavos cuando empobrecían, y Dios dejó leyes en el Antiguo Testamento que decían: «Si usted quiere rescatar a un pariente cercano que tuvo que venderse a esclavitud, sí hay manera de hacerlo». Dijo: número uno, usted tiene que ser un pariente cercano de él —era la condición número uno—; y la condición número dos: usted tiene que estar dispuesto a pagar el precio. Amén. ¿Se acuerdan que podían rescatar hasta propiedades? El libro de Rut nos muestra este principio de una manera espectacular, ¿verdad? Okay.

Pero hay un problema: por otro lado, también en el Antiguo Testamento establecía que el hombre no podía rescatar al hombre. ¿Saben por qué? Dios estableció que el alma que pecare, esa morirá; y todos somos pecadores. Esto es: un pecador no puede rescatar a otro, ¿verdad? Alguien que necesita ser rescatado no califica para rescatar a otro que también necesita ser rescatado; terminaríamos dos en un hoyo más profundo. Amén.

Esa es la razón por la que Dios envió a Jesucristo, su Hijo: Hijo de Dios, Hijo del Hombre, perfecto, apartado de pecadores, limpio; el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él derramó en la cruz... derramó su sangre, su vida, su *néfesh*, amén, muriendo vicariamente por los hombres. Ese término significa tomando su lugar. Amén. Y ese término realmente se aplica únicamente a la persona de Cristo, porque ningún hombre puede morir por otro para salvarlo del estado en el que se encuentra.

Entonces Jesús ya pagó por nosotros: ¿eso nos hace a todos automáticamente salvos y limpios de pecado? De ninguna manera. Solo hay que ver a nuestro alrededor, ¿verdad? Amén. Y solo tenemos que recordarnos lo que nosotros éramos antes de tener esta

experiencia. Pero por eso dice San Juan, capítulo 1, verso 12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios». Amén.

Entonces, cuando nos apropiamos de lo que Jesús hizo en la cruz, cuando hacemos nuestro el sacrificio de Cristo, estamos haciendo nuestro el precio que Él pagó para nuestro rescate; estamos haciendo nuestro el precio que Él pagó para saldar la deuda que usted y yo teníamos para con Dios. La paga del pecado es la muerte: usted y yo hubiéramos tenido que morir, pero Jesús murió por nosotros para que nosotros no tengamos que morir. Amén. Gracias a Dios.

Ahora: Él murió, Él resucitó y el Hombre fue hecho omnipotente, omnisciente, omnipresente; fue hecho uno con la Divinidad. Hoy tenemos a un Hombre perfecto, resucitado como parte de la Divinidad, y está listo para ver quién va a creer en Él, quién lo va a recibir. Amén. Y en el momento en el que creemos en Él y lo recibimos en nuestro corazón, en ese momento experimentamos salvación, perdón de pecados y regeneración; en ese momento nacemos de nuevo. Pues nosotros seguimos siendo los mismos viejos de siempre, pero lo que nace nuevo en nosotros es este nuevo hombre, este nuevo corazón: se llama Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Nada más que recibir a Jesús puede darnos esta experiencia; no importa en qué creamos, en qué no creamos, en qué nos apoyemos, en qué no nos apoyemos: es una experiencia y tenemos que tener la experiencia. Amén.

Entonces aquí tenemos este nuevo corazón o este nuevo hombre que nace y empieza a crecer dentro de nuestro viejo corazón o dentro de nuestro viejo hombre. Ahora, nuestro viejo corazón, por naturaleza y a causa del pecado, está inclinado siempre a buscar las cosas de abajo. Por eso les di la definición de esta palabra tan importante que se llama *néfesh* en hebreo, ¿verdad? Amén. Siempre está buscando su propio placer, siempre está buscando su propio deleite. Y a veces nosotros, porque amamos y simpatizamos con la obra de Cristo, pensamos que Cristo está en nuestro corazón; y si somos honestos, si todo en nosotros todavía vive solo para buscar su propio placer y su propio deleite y las cosas de aquí abajo y las cosas de este mundo, es porque lo más seguro es que necesitamos recibir a Cristo en nuestro corazón y dejar que Él empiece a crecer en nosotros y a formar su naturaleza en nosotros. Amén.

Entonces el Señor Jesucristo, que viene a morar en nosotros, este hombre nuevo o este nuevo corazón, dice: no fue engendrado de sangre; allí no hay nada de *néfesh* humana. Amén.

Ahora, ¿de dónde hereda el hombre el pecado cuando nacemos, cuando venimos a este mundo? Y lo lamento por todos los papás felices y abuelitos de niños chiquitos y rechonchos y regordetes y lindos y todo lo que quieran, pero todo ser humano nace en pecado por definición. Amén. Y todo ser humano necesita la salvación, necesita la redención. Sí, amén. ¿De dónde? ¿De dónde heredamos nosotros el pecado que viene desde Adán hasta acá? ¿De

dónde viene? Les voy a facilitar el trabajo. ¡Qué bárbaro, verdad! Siempre les facilito el trabajo. Pero nuestro espíritu y nuestra alma vinieron de Dios; Dios los mandó bien, o sea, funcionaban bien cuando estaban allá arriba. De hecho, por si no lo sabían, nuestro espíritu y nuestra alma son mucho más antiguos que nuestro cuerpo: vinieron de Dios y Dios los hizo rectos, limpios, perfectos. ¿No es de allí que vino la corrupción o que heredamos la corrupción? ¿De dónde la heredamos? De esta cosa que se llama *néfesh*, la sangre; no estoy hablando del líquido rojo, estoy hablando de *néfesh*. Amén. Es allí, es la parte física que es obviamente más que física, ¿verdad? Pues allí, la sangre, lo que Dios hizo morar o habitar en la sangre, eso es lo que tiende a buscar siempre las cosas de abajo: sus propios placeres, la lujuria, las pasiones y todas esas cosas que busca el hombre y que enredan al hombre cada vez más. Es de allí que heredamos el pecado. Por eso es que todos nacemos en pecado: porque nuestros padres nacieron en pecado, sus padres nacieron en pecado, sus padres nacieron en pecado, sus padres nacieron en pecado, sus padres nacieron en pecado... hasta Adán y Eva. Amén.

Entonces, una vez viene nuestro espíritu, nuestra alma a morar dentro de ese pequeñísimo cuerpo que el Señor nos regala a través de nuestros padres, esa corrupción tarde o temprano va a terminar corrompiendo y contaminando el alma y el espíritu. Por allí dice la Palabra: «limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu», dice, amén. Por el otro lado dice: «el alma que pecare, esa morirá». Esa corrupción termina arruinando todo lo demás. Sí, amén.

Entonces, cuando el Señor Jesucristo... bueno, cuando el Señor Jesucristo nos da su preciosa sangre, de repente, cierto: o sea, todavía tenemos esta cosa que tiende a buscar las cosas de abajo, la heredamos de nuestros padres, está, ¿verdad? Pero dice que este... cuando lo recibimos somos engendrados nuevamente, somos hechos hijos de Dios, dice: «no por sangre». Este nuevo hombre que nace, que nace el día que creemos en el Señor Jesucristo y lo recibimos en nuestro corazón, ese nuevo hombre es perfecto, no peca, tiene la imagen de Cristo, la naturaleza de Cristo; es una semilla que Cristo sembró en nosotros, plantó en nosotros con su misma, misma naturaleza. Amén. Allí no hay sangre, porque ese nuevo hombre no fue engendrado por voluntad de sangre o por sangre: es lo que estamos leyendo en San Juan 1, verso 13. Allí no hay ninguna inclinación a las cosas de abajo, no hay ninguna lujuria, ninguna pasión, ningún deseo desordenado. No: ese nuevo hombre lo único que busca es las cosas de arriba, las cosas celestiales; agradar a Dios es lo único que busca, porque es Cristo en nosotros. Amén.

Ahora, esto empieza a trabajar desde el día que recibimos a Jesús en nuestro corazón; pero cuando dejamos que esto vaya creciendo más y más y más en nosotros, ¿se imaginan?, con mayor facilidad y naturalidad vamos a buscar las cosas de arriba por encima de las cosas de abajo. Por eso hay tanta gente que dice: «yo soy creyente, yo amo al Señor y yo soy una persona que se porta muy bien», y por el otro lado los vemos con toda clase de inclinaciones y batallas y haciendo toda clase de cosas. Entonces dice uno: aquí como que hay una cosa que no coincide, que no concuerda; es porque no hemos dejado que Cristo crezca en nosotros. O a veces es porque es por nuestro propio esfuerzo personal que estamos tratando

de buscar algún nivel de santificación; y tarde o temprano, si me permite decirlo, vamos a morir en el intento. ¿Saben por qué? Porque nos va a traicionar nuestra propia naturaleza; tarde o temprano vamos a descubrir que no podemos en contra de esta mortalidad humana que heredamos del primer Adán.

Es allí cuando debemos detenernos y mirar hacia arriba y decir: «Señor Jesús, yo necesito ayuda; yo te necesito a Ti». Si Cristo nos hubiera... no, ¿cómo es la cosa? Si Cristo nos hubiera podido ayudar Él en su trono y nosotros aquí abajo, lo hubiera hecho hace miles de años: no hubiera tenido que venir a padecer por nosotros. Pero el problema del hombre no está afuera: está adentro. Entonces Él tuvo que trazar todo un camino para que fuera posible tal cosa como el nuevo nacimiento y que Cristo pueda venir a morar dentro de nosotros para empezar a crecer, y así empezar a conquistar, a conquistar, a conquistar el resto de nosotros, a convertir todo lo que encuentre en su camino. Amén.

Entonces dice San Juan, capítulo 1, verso 12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios...». Ahorita vamos a lidiar con eso, pero sigamos con el verso 13, dice: «...los cuales no son engendrados de sangre...». O sea, nuestro hombre nuevo no tiene nada de *néfesh* corrupta de los seres humanos. Amén. Nuestro hombre nuevo solo busca las cosas de Dios, busca las cosas de arriba; es perfecto. Okay, muy bien.

Luego dice: «...los cuales no son engendrados ni de voluntad de carne...». En otras palabras, no hay ninguna carne presente en el hombre nuevo. Sí. ¿Qué es la naturaleza carnal o los apetitos del hombre? Vámonos a... vamos a ver: Primera de Pedro 2, verso 11, y vamos a regresar a Juan en un momento. Primera de Pedro, capítulo 2, verso 11 dice: el nuevo hombre no fue engendrado por voluntad de carne; en otras palabras, no hay nada carnal en el hombre nuevo. El hombre nuevo es espiritual: es Cristo en nosotros. Amén. Lo carnal se encuentra en lo que se llama el hombre viejo, el resto de nosotros; allí están los apetitos de la carne y todas esas cosas, allí está toda esa tendencia a buscar satisfacer nuestra carne. Amén.

GUATEMALA

¿Cómo satisfacemos nuestra carne? Bueno, a la carne le encanta enojarse, le encanta deprimirse, le encanta dejar que los demás sepan que yo sé mejor. Entonces a la carne le encanta empezar a promover pleitos y contiendas y cosas. ¿Saben por qué la carne es casi sinónimo del orgullo humano? Básicamente es lo mismo. A la carne le encanta hacer alarde de todo lo que sabe, de todo lo que puede hacer: «y todo el mundo tiene que saber que yo sé mejor que tú, y yo lo puedo hacer mejor que tú». Amén. De eso no hay nada en el hombre nuevo. ¿El hombre nuevo? Al contrario: por no haber ninguna carne en él, el hombre nuevo no busca pelearse, no busca enojarse, no busca llamar la atención; el hombre nuevo no empieza a decir: «pobrecito de mí», para que todo el mundo me escuche, ¿verdad?, y me contemple. Eso no existe en el hombre nuevo, porque no fue hecho por voluntad de carne.

Primera de Pedro, capítulo 2, verso... ¿qué les dije? 12, ¿verdad? A ver: 11. Okay: «Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que

batallan contra el alma...» —en las versiones hebreas dice *néfesh*— «...manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras».

Miren Primera de Pedro, capítulo 4, versos 1 y 2: «Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios». Y Él no solo nos pide no vivir el tiempo que resta en la carne: Él viene a morar dentro de nosotros y a crecer en nosotros para que cada vez sea más fácil no vivir el tiempo que resta en la carne. Amén.

Okay, y estos son temas totalmente gigantescos. Pero sigamos en Juan. Juan, capítulo 1. Juan, capítulo 1; regresemos a Juan, capítulo 1. Estoy buscando hacer esto lo más básico posible. Juan, capítulo 1, verso 13: «los cuales...» —regresemos al 12—: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón...» —o de hombre—. No son engendrados de voluntad de hombre: no hay ninguna voluntad humana en este nuevo hombre.

Miren, pues, lo voy a dibujar otra vez: no hay ninguna voluntad humana en este nuevo hombre. ¿Quiere decir que el nuevo hombre no vive ahí para hacer la voluntad de los hombres? El nuevo hombre vive para hacer la voluntad de Dios, porque no hay ninguna voluntad de hombre en el hombre nuevo. Cuando nosotros vivimos para hacer la voluntad de los hombres —me refiero en el mal sentido, por supuesto, ¿verdad?—, eso significa que todavía está muy fuerte nuestro viejo hombre, todavía pesa mucho; Cristo no ha crecido lo suficiente en nosotros. Si creemos que todo está bien y vivimos para hacer la voluntad de los demás, en otras palabras, para correr detrás de todo lo que los demás hombres corren en esta vida; si todavía vivimos solo para buscar las cosas de este mundo, las cosas de aquí abajo... en Primera de Juan dice: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo», porque habla de la vanagloria de la vida, habla de los deseos de los ojos; dice: todas esas cosas no son del Padre, sino del mundo. Y dice: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él». Amén. El amor del Padre viene cuando Cristo, el Hijo, viene a nuestra vida. Amén. Entonces empezamos a amar cada vez menos las cosas de aquí abajo, nos sentimos cada vez más desencajados y empezamos a amar más las cosas de allá arriba. Amén.

Okay, entonces: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Poder para ser hechos hijos de Dios. A ver, ¿cómo funciona eso? ¿Y no se supone que todos somos hijos de Dios? Todos somos hijos de Dios por creación, ¿de acuerdo? Ajá, hasta el diablo: lea el libro de Job, capítulo 1, y un día dice: «Llegaron los hijos de Dios a presentarse delante de Dios, entre los cuales vino también Satanás». Está en su Biblia, en todas las Biblias: entre los cuales vino también Satanás. Toda su creación visible e invisible son hijos de Dios por creación; pero de alguna manera eso no

logró hacer algo con nuestra naturaleza humana, porque nacimos, crecimos y cada vez nos íbamos más por la tangente y nos metíamos más en problemas. Amén.

Pero a los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio poder para ser hechos hijos de Dios: hijos de Dios, bueno, primero es por creación; ahora somos hechos hijos de Dios por redención. Y somos llamados hijos de Dios de acuerdo a San Juan 1, verso 12 y 13, porque el Hijo ha venido a hacer su morada en nosotros. Al final de cuentas, Dios solo tiene un Hijo: se llama Jesucristo. Cuando Jesucristo viene a hacer su morada en nosotros, eso nos convierte en hijos de Dios. Amén. Por redención. Sí, amén. Pero todavía dice: «les dio potestad para ser hechos»; todavía hay como una tendencia de tiempo futuro allí. Y hay otra clase de hijos de Dios también: son los hijos maduros de Dios; pongamos aquí: por crecimiento. Y esa es otra lección espectacular que no vamos a tocar ahorita, pero les dio potestad para ser hechos hijos de Dios, ¿de acuerdo? Amén. Amén.

Bueno, vámonos a Santiago. Solo veamos qué más nos dice la Biblia de este nuevo nacimiento que Dios quiere que todos experimentemos. Santiago, capítulo... ahorita les digo: capítulo 1, verso 18. Santiago 1:18: «Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas». Un día creímos la Palabra de Dios que nos dejó saber que éramos pecadores y necesitábamos salvación; y cuando recibimos, cuando creímos esa Palabra, cuando obedecemos eso que oímos, fuimos hechos hijos de Dios: hubo un nuevo nacimiento. Amén. La Palabra que oímos nos hizo nacer, nacer de nuevo. Aquí tenemos nosotros... esto es lo que nació de nuevo: el nuevo hombre, el nuevo corazón.

Luego tenemos, por ejemplo... a ver, vámonos otra vez a Pedro. Primera de Pedro... a ver, Primera de Pedro... estoy en Segunda, ahorita me voy a Primera. Capítulo 1, versículo 22. Primera de Pedro 1:22: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible...» —esa es la sangre, la voluntad de la carne, la voluntad de varón— «...sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre». Otra vez: el día que obedecemos, el día que escuchamos, el día que nos abrimos, el día que recibimos la noticia de que necesitamos salvación y perdón y limpieza de pecados, y Cristo es el Salvador, el Perdonador y el que limpia los pecados: ese día nacimos de nuevo, ese día renacimos. Amén.

Okay. Entonces, déjenme ver qué más hacemos acá. Vámonos a... Cristo en nosotros: vamos a Primera de Juan; ahí no está «Cristo en nosotros», pero vamos a Primera de Juan. Ahí está Primera de Juan. Y mi trabajo solo es decirles qué dicen las Escrituras para que entonces podamos pedir y tener todas las experiencias que están descritas en la Palabra de Dios.

Primera de Juan 3:9: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios». ¡Espectacular! Si alguien dirá: «¿Pero yo por qué todavía pecó?». Bueno, esto es lo que fue nacido de Dios: el nuevo hombre. Amén. El nuevo hombre; y a medida que el nuevo hombre

va tomando preeminencia en nuestra vida, menos y menos vamos a estar pecando con el viejo hombre. Amén. Y llega un momento en donde este individuo no practica el pecado; o sea, ese no es su estilo de vida: podrá tropezar y caer porque no es perfecto, pero ese dejó de ser su estilo de vida, porque hay Alguien aquí adentro que es limpio, apartado de pecados, santo: se llama Cristo en nosotros. Amén. Y Él ya no nos deja ser lo que éramos antes. Sí, gracias a Dios podemos dar testimonio de que no somos lo que éramos al principio. Amén. Gracias, Jesús.

Primera de Juan, capítulo 4, verso 7. Primera de Juan 4:7: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios».

Nuevamente: el nacimiento se da en el momento en el que creemos y lo recibimos, como dice Juan, capítulo 1, versos 12 y 13. Amén. Dice: «El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor». Alguien dirá: «Pero todavía hay gente que me cae un poquito mal». Es porque todavía tenemos un viejo hombre ahí; el amor de Dios no vive aquí: no vive el amor de Dios. Amén. Por más que nos esforcemos en, como dice el Señor, que amemos a nuestros enemigos, tarde o temprano nos tropezamos con nosotros mismos, ¿verdad? Amén. Y descubrimos que por fuerza personal no se va a lograr; pero el nuevo hombre, el nuevo corazón, ese sí ama, porque fue hecho a imagen y semejanza del Señor Jesucristo. Amén. Y si somos honestos, cuando tenemos esta experiencia empezamos a amar con más facilidad a más gente, y nosotros nos sorprendemos. Amén. Y tarde o temprano aprendemos el secreto de andar en amor, de vivir en amor, a medida que dejamos que Cristo, el nuevo hombre, vaya creciendo en nosotros. Sí.

Primera de Juan 5:1: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios...». El viejo hombre está lleno de incredulidad, lleno de dudas: «¡Oy!, yo no puedo creer esto, no puedo creer aquello». No, uno no puede porque la naturaleza humana no entiende las cosas que son espirituales; pero nuestro nuevo hombre, él sí sabe, él sí entiende, él sí cree. Amén. Entonces no tenemos que esforzarnos por creer —quiero decir, por esfuerzo propio—: la fe del Señor Jesucristo llega a nuestro corazón el día que Él llega a nuestro corazón y empezamos a creer. Amén. «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos». Okay, amén.

Sigamos: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos...». Para el viejo hombre guardar los mandamientos de Dios: «¡Hala, qué pesado, qué fuerte, qué aburrido, qué desesperación!». ¡Para el nuevo hombre...! El nuevo hombre es la Palabra viviente de Dios que vino a albergarse dentro de nosotros; el nuevo hombre ama la Palabra de Dios, guarda la Palabra de Dios. ¿Ven? Solo tenemos que dejar que Cristo siga creciendo en nosotros.

«Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe». ¿Dónde está esa fe? En el nuevo hombre. ¿Quién vence al

mundo? El nuevo hombre. Porque el viejo hombre ama el mundo y las cosas que están en el mundo y las cosas de la carne y hacer la voluntad de los hombres; está lleno de corrupción, la heredó desde el primer Adán. Pero el nuevo hombre ama al Señor; y cuando amamos a Dios, cuando el amor de Dios está en nosotros, no amamos el mundo: amamos al Señor. Amén. O sea, no es que odiamos a la gente, no está hablando de eso; estamos hablando de irnos apartando del sistema que gobierna este mundo. Amén. Todo eso ocurre cuando llega este nuevo hombre a nosotros.

Y Primera de Juan, capítulo 5, verso 18: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca». ¿Qué nos guarda? Aquello que fue nacido de Dios: el nuevo hombre, el nuevo corazón nos guarda. El diablo viene a tentarnos y se topa con que ahora tenemos un corazón espiritual, un hombre espiritual, un nuevo corazón que está creciendo en nosotros: Cristo en nosotros. El diablo quiere sacarnos del camino y se topa con que llegó demasiado tarde, porque ya Cristo llegó a nuestros corazones y está creciendo y madurando en nosotros. Amén. La Palabra de Dios está creciendo cada vez más; eso nos hace cada vez más fuertes en el Señor Jesucristo. Dice: «el maligno no le toca». Pues ya tenemos salvación: el diablo no puede condenarnos, no puede acusarnos. Amén.

Así es que, ¿qué les parece? ¿Quién es el que...? Perdón: versículo 19: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna». Amén. Amén.

Gracias a Dios por ese nuevo hombre, ese nuevo nacimiento, esta experiencia que necesitamos todos, todos, todos. Como les digo: esto no nos lo da ninguna otra cosa más que lo que dice San Juan, capítulo 1, versos 12 y 13: los que creen y los que le reciben, los que creen y los que le reciben. Amén.

¿Cuántos están listos —si todavía no han experimentado el nuevo nacimiento— para experimentar el nuevo nacimiento? Y la mente natural nos dice: «Ay, no puede ser solo así». Pues, ¿qué cree? Cristo hizo todo el trabajo; por eso sí puede ser solo así, por supuesto: con todo el corazón, con todo el corazón, con todo el corazón. Y si ya hemos experimentado el nuevo nacimiento, nosotros solitos podemos dar fe de cuán maduro está Cristo en nosotros, o todavía no está, para decirle al Señor: «Señor, necesito que Tú crezcas un poco más en mí». Amén. Y buscarlo en oración, buscarlo en su Palabra, sí, e ir practicando su Palabra; y de esa manera la Verdad va creciendo y madurando en nosotros. Amén.

¿Qué les parece si oramos? Y a lo mejor hay personas que nunca han abierto su corazón de esta manera; no importa si lo han abierto de mil otras maneras, pero tienen que abrirlo de esta manera y pedirle al Señor Jesucristo que venga a sus vidas y experimentar este nuevo nacimiento. Y nuevamente: si ya Cristo ha llegado a nuestras vidas, pedirle al Señor que nos ayude a dejarlo crecer y madurar en nosotros. Amén. Amén. Gracias, Jesús.

Podemos ponernos en pie y vamos a orar; vamos a orar todos. Gracias a Dios por el plan que Él trazó para la salvación de los hombres. Gracias a Dios por el amor con el que Dios nos ha amado. Amén. Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Amén. Pongamos nuestra fe en Cristo.

Señor Jesús, te damos gracias por la obra que Tú hiciste un día muriendo en la cruz por todos nosotros. Te damos gracias, Señor, por el plan que Tú trazaste, que el Padre y Tú trazaron allá en la eternidad sabiendo que el hombre se iba a perder, para venir y rescatar al hombre. Gracias, Jesús, por tu muerte, por haber sido resucitado; y gracias porque hoy puedes venir a nuestros corazones, limpiarlos de pecado, bendito Señor, y venir y crear un nuevo hombre dentro de nosotros, dándonos lo que tu Palabra llama el nuevo nacimiento. Como le dijo el Señor a Nicodemo: «Os es necesario nacer de nuevo» para ver el Reino de Dios; nos es necesario nacer del agua y del Espíritu para entrar en el Reino de Dios. Señor Jesús, si hay alguien aquí que nunca ha experimentado el nuevo nacimiento, Señor, toca nuestros corazones, bendito Dios, y haznos clamar a Ti, Señor, y pedirte que vengas a nuestro corazón y nos des ese nuevo nacimiento, Señor. Gracias, Jesús.

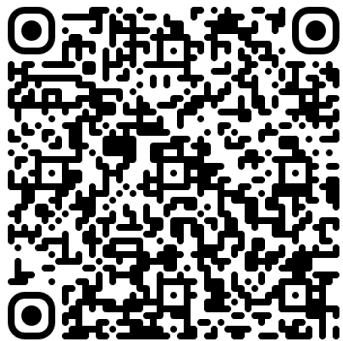
Yo los voy a guiar. Oremos todos juntos. De esta manera invitemos a Jesús a nuestro corazón, ¿les parece? Oren después de mí; así todos oramos de la misma forma. Digámosle:

«Señor Jesús, te doy gracias por haber dado tu vida en rescate por la mía, por haber muerto para que yo pueda vivir, por derramar tu sangre para cubrir mi culpa, para pagar mi deuda y para darme salvación, para reconciliarme con el Padre, para darme vida eterna. Gracias, Jesús, por lo que hiciste en la cruz; y ahora te pido que eso lo hagas en mi vida. Ven a mi vida; recibo todo lo que hiciste en la cruz. Ven a mi corazón, límpialo con tu sangre, límpialo de pecado, te lo pido. Ven y dame el nuevo nacimiento; crea este nuevo hombre dentro de mi viejo hombre y ayúdame a dejar que Cristo en mí empiece a crecer y madure y se deje ver. Gracias, Jesús, por amarme como me amas. Te amo, Jesús. Tú eres ahora mi Señor, mi Amo, mi Dueño, el Salvador de mi vida. Te doy toda la gloria. Gracias, Jesús. Bendito Jesús. Gracias, Señor. Gracias, Jesús».

Gracias, gracias, Señor Jesús. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Gracias, gracias, gracias. Se llama Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Amén. Amén. Amén. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Y por otro lado dice: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser». Amén. ¡Qué emocionante! Gracias a Dios.

Démosle otro aplauso al Señor, bendigamos su nombre. Gracias, Señor. Gracias, Señor. Te alabamos, te adoramos, te adoramos, te adoramos, te adoramos. Santificado sea tu precioso nombre, Señor. Gracias, gracias, gracias, gracias. Démosle gloria, démosle gloria. Bendito Dios, bendito Dios. Te damos toda la gloria, toda la gloria, toda la gloria, Señor, por lo que Tú eres, por lo que Tú haces. Gracias, bendito Señor, gracias. Gracias al Señor. Bueno, ¡gloria al Señor!

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana

GUATEMALA